

Sangría

Revista de terror y novela negra

Año 2 Número 4



Sangría, revista de terror y novela negra, año 2, No. 4, 2022, es una Publicación cuatrimestral editada y publicada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3311893499, correo electrónico: somosrevistasangria@gmail.com, editorial@revistasangria.com. Reserva de derechos al uso exclusivo on-line e impreso: en trámite, ISSN on-line e impreso: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Maquetada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3310050278, correo electrónico: bruno.perez@revistasangria.com. Las opiniones expresadas por los autores no están basadas en las posturas del editor ni de la revista. Se permite el uso del material incluido y la reproducción de su contenido para trabajos académicos o de otra índole, siempre y cuando se cite la fuente.

Dirección general

Bruno Cayetano Pérez Munguía
Ana Paulina Murguía Fabián

Coordinación y cuidado editorial

Ana Paulina Murguía Fabián
Bruno Cayetano Pérez Munguía

Diagramación y diseño

Bruno Cayetano Pérez Munguía

Comité editorial y corrección

Ana Paulina Murguía Fabian
Bruno Pérez Munguía

CONTENIDO

Narrativa

Baile de fuego	6
<i>Helena Spencer</i>	
El árbol y el gato del jardín	8
<i>Mar L.</i>	
Autófago	10
<i>Eiden Guerrero Zaragoza</i>	
El castigo del culpable	13
<i>Francois Villanueva Paravicino</i>	
El cuento de terror perfecto	15
<i>Marcelo Medone</i>	
El hombre del sombrero	18
<i>Iván Enrique</i>	
El Regalo de Dios	21
<i>Tania A. Jáquez A.</i>	
La marea roja	22
<i>Yolanda Fernández Benito</i>	
Rayas grises	26
<i>J.R. Espinosa</i>	

Poesía

Antesala 28

Damaris Orissa Olivares

El juego 29

Diego García

Lápida 32

Charlie Andres Morera Yate

laldabaoth 35

Ricardo Guzmán García,

Tania Solís

Microcuento

Como en las películas 41

Claudio Mamud

La Entonación de la Muerte 41

Rogelio Juarez Mendoza

Mi reflejo en el espejo 41

Mary F Delgado

Recluso 42

Javier Alan Cárdenas Murguía

GRILLOS 43

A. González E.



Baile de fuego

Helena Spencer



—¿Listos?, —preguntó Emilia con una mirada llena de malicia antes de entrar por la ventana.

Cada noche salía con sus amigos a ver el baile de fuego, todos los días en destinos diferentes. Esperaban a que diera la una de la madrugada y salían emocionados hacia el nuevo lugar que los esperaba para poder contemplar el famoso baile de fuego. Salían con precaución, escabulléndose de las patrullas que vigilaban cada rincón de la ciudad durante toda la noche.

Rodrigo era quien dirigía el grupo; se encargaba de cuidar que nadie fuera descubierto por las luces de los faroles policíacos mientras rastrea las rutas de aquellos autos que intervenían con la suya.

—Yo te lo digo. El baile de fuego es el mejor espectáculo que puedes ver —gritaba Leonardo mientras corría junto a Emilia—. ¿No disfrutas el movimiento de los cuerpos en llamas?

La noche se iluminaba por la luz de la luna y los faros de las patrullas. Rodrigo se concentraba en buscar caminos libres para poder llegar al lugar de su fascinación, mientras que Emilia y Leonardo hablaban siempre emocionados de las expectativas que tenían antes de llegar a su nuevo destino. Como todas las noches, esa vez lograron llegar al escenario donde se desarrollaría el baile de fuego sin ser descubiertos.

Les presento el recinto de los Fernández. La información es esta —dijo Rodrigo parándose frente a una casa pequeña de dos pisos, en tanto sacaba del bolsillo de su chamarra un papel viejo y arrugado—: Los Fernández tienen dos hijos, ambos mayores de veinte; forman un matrimonio felizmente casado y hoy ponen a nuestra disposición su hogar para que podamos disfrutar el espectáculo.

La manera en que Rodrigo presentaba cada nuevo escenario le divertía bastante a Emilia y Leonardo, pues les encantaba experimentar la emoción previa al baile de fuego. Guardaban silencio un instante, buscaban la entrada asignada para acceder al recinto y, después de un intercambio de miradas pícaras, ponían en marcha la secuencia.

—¿Listos? —preguntó Emilia antes de entrar por la ventana, y al ver que Rodrigo y Leonardo asentían emocionados, ingresó. Sus amigos la siguieron.

Era una casa muy colorida y bien distribuida. Todos pensaron en lo armonioso que se veía ese lugar. Cruzaron por un pasillo cuyas paredes estaban adornadas por fotografías que registraban los viajes de la familia; había dos muebles que mostraban los trofeos de cada hijo; en uno había reconocimientos de matemáticas, y en el otro, de actuación. Una alfombra larga de tonos rojizos los guiaba hacia la sala.

—Este es buen escenario para el baile de fuego — dijo Leonardo, ansioso por inaugurar el espectáculo.

—No, Leonardo. Tú no eliges el escenario. Son los Fernández quienes han dispuesto todo —dijo Emilia dirigiéndose a las escaleras.

El segundo piso aparentaba ser un poco más amplio que la estancia de abajo. Había tres habitaciones y un baño al final de un ancho pasillo. Una alfombra amarilla coloreaba el camino hacia esas cuatro puertas. Varios cuadros de pinturas famosas y llenas de color adornaban las paredes. Rodrigo y Leonardo exploraban con sigilo la planta baja. Le echaban un vistazo a la cocina, al comedor, a la sala, al cuarto de lavado... Y ahí encontraron una puerta vieja arrumbada detrás de la lavadora.

Entonces cambiaron su puerta por una de seguridad, dijo Leonardo mientras sacaba con cuidado el pedazo de madera viejo detrás de la lavadora.

—Debieron cambiar las ventanas —agregó Rodrigo con una risa traviesa.

Se dirigieron en silencio hacia las escaleras llevando la vieja puerta. Pisaban con lentitud cada escalón coordinando sus pasos para subir discretamente con aquel objeto largo y pesado hacia el segundo piso. Emilia los esperaba, lista para continuar con el plan que Rodrigo les había descrito. Cuando al fin lograron llegar al segundo nivel con la puerta, los tres la acomodaron de tal manera que obstaculizara el acceso del pasillo hacia las escaleras.

Rodrigo inhaló, luego exhaló profundamente y dijo: “Ya saben el plan. No olviden que los viejos toman pastillas para dormir. ¿Tienes tu botella?”, le preguntó a Leonardo, y éste se la mostró confirmándolo.

Las miradas de todos pasaron de ser divertidas a externar una firme concentración. Emilia se dirigió a la puerta de la habitación del matrimonio, mientras Rodrigo y Leonardo se preparaban para entrar a los cuartos de los hijos veinteañeros. Cada uno, simultáneamente, entró a los respectivos dormitorios y, sin demora, colocaron cinta de vinil en los labios de cada hijo. Éstos, sin tiempo para despertar del todo, apenas se dieron cuenta de que un extraño estaba frente a su

cama y sintieron un chorro de agua mojando sus cuerpos. Antes de que pudieran defenderse, Rodrigo y Leonardo encendían sus cerillos y los lanzaban a aquellos cuerpos indefensos. El show había comenzado.

Emilia escuchaba desde el pasillo los primeros pasos de baile ejecutados por los muchachos, y observaba cómo cada habitación desprendía cierto resplandor. Esa era su señal. Siguió la misma secuencia que sus amigos y observó cómo las llamas abrazaban aquellos cuerpos, cómo consumían la ropa que obstaculizaba el contacto con la piel, y cómo acariciaban cada centímetro de su ser. Nadie gritaba; sólo emitían leves gemidos que musicalizaban la secuencia de los cuerpos en llamas. El fuego se apoderaba del espacio: pasaba de los cuerpos a las cortinas; las flamas se movían al ritmo de aquellas figuras desenfundadas que intentaban liberarse del calor que las absorbía.

Emilia, Leonardo y Rodrigo contemplaban desde cada habitación las improvisaciones que el fuego impulsaba en esos cuerpos: corrían en el pasillo, daban vueltas, se tiraban, chocaban entre sí, se consumían y lloraban. Podían observar cómo el agua de sus lágrimas era vencida por el fuego. La casa resplandecía cada vez más con un brillante calor que se apoderaba de sus coloridos rincones. Los tres amigos miraban cómo el fuego bailaba en todos los resquicios de la casa, y cómo los cuerpos en llamas lo extendían en las cobijas, en los armarios, en las cortinas...

El baile de fuego llegaba a su final. Emilia y sus amigos se dirigieron a las salidas señaladas por el plan, satisfechos de atestiguar el espectáculo por quinta noche consecutiva. Se maravillaban por el movimiento de las llamas que se apoderaban de aquella casa que cedía sus colores a un gran brillo destructor, y disfrutaban cómo este elemento danzaba por sí solo teniendo como escenario los cuerpos de la familia Fernández.



El árbol y el gato del jardín

Mar L.



Ya me he dado cuenta de que no soy la persona que aparentaba ser hace tan sólo unos días. Sí, todo ha sido una fachada, una especie de autoconvencimiento en el que había creído ser una buena persona, de gran corazón, pero no. No es así. Soy una mala persona, soy egoísta, degenerada, y tal vez sí, psicópata. Es probable que todo este problema venga desde mis

primeros años de vida, pero no ahondaré en ello. No te compete ahora...

¿Cómo me di cuenta? Fue todo este tiempo de ocio, esta maldita pérdida de tiempo, el hastío; todo esto me hizo consciente de la maldad que poseo, de que toda mi vida he tratado de convencerme de que soy mejor que las personas que me han hecho daño.

Verás, un día, tras aburrirme de las comedias románticas que tanto disfrutaba, o parecía disfrutar, en busca de otro tipo de entretenimiento me encontré con «Los amos del caos». Ahí empecé a admirar el tipo de vida que tenían las personas con fama, con mala fama específicamente, como los asesinos. ¿La repulsión que me causaba ver una muerte explícita era verdadero rechazo o sólo era un reflejo de lo que se supone que moralmente debía sentir? Volví a ver la película, me llenó de fascinación, se hizo de mis favoritas. Vi muchas otras, con más sangre, más explícitas, más crudas, en fin. Posteriormente, busqué documentales de criminales, exactamente de asesinos y asesinas seriales. Quería ser como ellos y como ellas, sentirme así; estar en la boca de la gente, deseaba ese tipo de fama. Además, el deseo de ver sangre brotar de un cuerpo se hacía cada vez mayor conforme más veía películas y más sabía de crímenes reales.

También pensaba en las consecuencias, pero éstas podían ser tan absurdas como ir a prisión. Yo estaba segura de que, si estuviera a punto de ser atrapada, podría simplemente terminar con mi vida antes de que me encarcelaran. Era realmente sencillo, no sé por qué hay tanto criminal encerrado, cuando existen otras medidas. ¿Qué chiste tendría estar encerrado de por vida? ¿O terminar en una silla eléctrica o con una inyección letal? Total, para terminar mi vida estoy yo, siempre he sido yo. La fama la tendría estando prófuga o después de muerta, no había otra opción para mí...

Y bueno, supe que la sensibilidad me había abandonado la noche en que mi vecina me avisó que mi gato estaba muerto a lado de su entrada, y también me dijo que debía quitarlo de ahí. Fui a la puerta de la vecina y lo vi, su cuerpo negro, grande y en estado de rictus mortem.

—¡Carajo, Bon! —Le dije mientras levantaba su cadáver con una cobija azul que era suya.

No me dio tristeza, más bien me dio pereza el hecho de tener que hacer un hoyo en mi patio para poder enterrarlo pues el jardín era pequeño, había un gran árbol, y yo había sembrado varias plantas y flores, no quería dañar nada. Terminé haciendo un hoyo pequeño porque me detuvo la raíz del árbol que estaba en la esquina del jardín; no la podía cortar obviamente, ni había otro espacio para enterrar el cuerpo de mi gran gato negro. Me convencí de que el hoyo tenía un buen tamaño si sabía acomodar el cuerpo de Bon.

Lo eché al hoyo, envuelto en la cobija, pero su cabeza quedó muy abajo y su cuerpo salía un poco del bajo relieve. Supe que debía acomodarlo mejor; la cobija me estorbaba, así que lo hice con las manos. Saqué la cabeza sucia de Bon, su expresión facial apenas era perceptible por la oscuridad de la noche. Empujé mejor su cuerpo dentro del hoyo, acomodé su cola y doblé su cuello para que también se introdujera ahí; escuché un crujido al momento de hacerlo, hice una expresión no sé de qué. Ya no sobresalía ninguna parte del cuerpo del gato sobre la pequeña excavación. Quedé satisfecha con el esfuerzo, pues gotas de sudor resbalaban de mi cara hacia mi pecho. Era verano, hacía calor, pero también es cierto que Bon pesaba mucho desde el año pasado, creo que eso justificaba mi cara empapada.

Finalmente, eché la tierra encima de su cuerpo. Empecé a sentir odio.

—Te odio, Bon, ¿cómo se te ha ocurrido irte y dejarme aquí? Ahora estoy sola, ¿sabes? ¡Estoy sola! —Dije mientras terminaba de echar la tierra.

Luego di unos palazos con coraje a la tierra para que se asentara mejor. No lloré, sólo estaba enojada. Sí, la humedad de mi rostro siempre fue sudor.

Me sentía extraña, en el sentido de que no había llorado por él a pesar de lo mucho que lo había amado, y del tiempo que pasamos juntos; pero al mismo tiempo sentía coraje porque él se fue y me abandonó.

Esa fue la primera vez que toqué un cadáver, aunque fuera el de Bon. Después de eso, sentía que ya podía hacer cualquier cosa que quisiera, como arre-

batar una vida. Aunque obviamente no era lo mismo tocar a un gato muerto que asesinar a alguien. Además, no quería hacerlo con cualquier persona, por lo menos debía tener un buen motivo para atentar contra la existencia de alguien y también debía planear en cómo es que lo haría.

Un par de noches después estuve viendo una serie donde la protagonista se quedó en casa de su madre para cuidar de ella porque la señora había empezado a tener síntomas de demencia e incontinencia. Ver esas escenas me provocaron sentimientos extraños. Me conmovió la atención de la protagonista hacia su progenitora. Luego me imaginé en su situación; entonces me dio mucha repugnancia tener que cuidar a mi padre en un momento así. ¿Por qué habría yo de cuidarlo cuando él hizo de todo, menos cuidarme? Eso fue lo que pensé antes de finalmente decidir lo que iba a hacer...

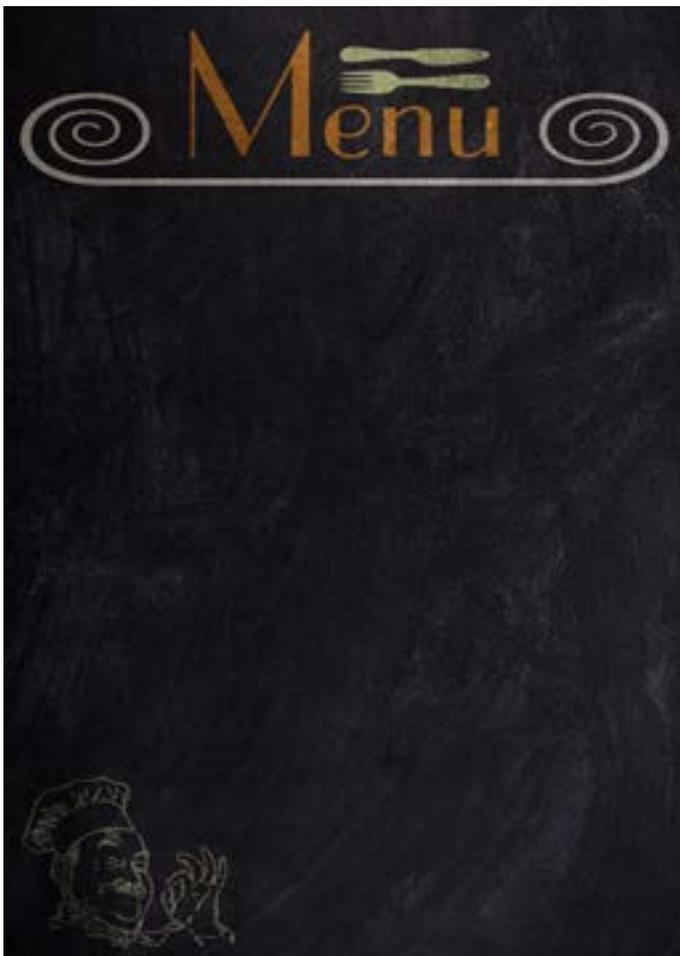
—Me llama la atención que dijeras que hubieras preferido morir antes de estar encarcelada, ¿qué pasó ahí? ¿Por qué estás aquí hoy?

—Es simple, doctora. Tal vez quise dejarme atrapar porque quiero que todos conozcan mi versión. La causa por la que decidí mandar a cortar el árbol de mi patio, sólo así estarán de acuerdo conmigo: él no merecía vivir.

Finalmente, Alicia comenzó a llorar.

—¿Por qué lloras? ¿Te arrepientes?

—Sí... Debí tratarlo mejor, mi pobre gatito Bon-bón.



Autófago

Eiden Guerrero Zaragoza



Cómete todo, incluso las verduras. Dios sabe que —hay muchas personas que no tienen ni que comer.

Carlos apretó los dientes de puro coraje hasta que sintió formarse grietas imaginarias en el esmalte que más tarde le dolerían, suponiendo que el eco del dolor se acordara de recordarle. Colocando su dedo índice y el pulgar en cada aleta de la nariz para cortar de tajo la respiración, se metió a la boca la combinación de ejotes y coliflor a la que le había untado un poco de salsa de tomate para disimular la amargura. Masticó,

una, dos, hasta seis veces, tal velocidad no garantizaba la correcta trituración de cada compuesto, es decir que al momento de tragar la masa robusta por poco se le atoró a medio gaznate.

En realidad, no le molestaba comer los insípidos vegetales, hacerlo era más una costumbre que una orden, pero justo hoy tenía otros planes gastronómicos.

Mamá, terriblemente satisfecha con su imponencia maternal, dejó de observarlo con esa mirada incomoda de cien kilos, tan de la abuela, tan de ella, para retomar a lavar la sartén con restos del jamón empanizado que, naturalmente, ya comenzaba a desintegrarse en sus jugos gástricos, incluso el eructo que siguió al trago de jugo de naranja sabía a aceite quemado con un dejo de jamón. No podría comer un bocado más.

Era viernes, por lo que tenía permitido un solo postre de la gaveta de la izquierda; eligió un panqué de naranja que guardó a la mitad de una servilleta de papel para después meterlo en el bolsillo de sus pantalones deportivos de Batman. Aunque normalmente el sumamente buscado huequito en la panza nacía de la promesa de una golosina de fin de semana, Carlos, tras un pacto secreto hace poco más de treinta días, acordó guardarlo para él, podría describirse, festín comunal.

Era viernes, no solo de postres sino también de juegos ilimitados al aire libre; fue a su habitación para tomar su recién comprada pelota de hule roja, reemplazo de las últimas dos que vomitaron su aire al atorarse en la cerca de don Vicente y, como todo un chiquillo que de repente le juega al rebelde, decidió salirse de casa por la puerta delantera sin avisarle a mamá; no sin antes tomar su chamarra azul a cuadros, porque aun el peor de los rebeldes sabe cuándo es mejor seguir la corriente.

Días como estos eran sus favoritos, con el sol oculto detrás de las nubes, saliendo de cuando en cuando para calentar las coronillas de los niños que jugaban en el terreno baldío, aquel con parches de pasto seco y marcas de llantas, puesto que usualmente era ocupado como pista de carreras, cancha de fútbol y en fechas festivas campo de batalla para la guerra de cuetes: palomas, cazuelas, silbatos y ocasionalmente ratoncitos.

Carlos encontró a Marcelo con los gemelos gordos turnándose para montar la bicicleta roja que habría sido un regalo comunitario para todos los niños del pueblo; al principio los padres anticipaban que se generarán disputas por decidir quien la usaría primero, fue una desconcertante sorpresa enterarse que en realidad existía una amigable organización entre los chamacos, y si alguno manifestaba la molestia previa al berrinche, era tan sencillo como calmarse con unos buenos madrazos (medidos) a la cabeza.

—¡Eh! Carlos ya llegó

—¡Eh, por fin!

—Nos íbamos a ir sin ti.

—Ah, no sean cabrones, no me tardé nada—

Respondió Carlos con confianza, posiblemente también grandeza; entre ellos, al menos los varones, se llamaban con palabrotas de adultos sin enojarse o acusarse.

Entonces dejó la pelota sobre un parche de pasto para que no rodara lejos. Ya con las manos libres tomó la bicicleta por el manubrio con la intención de darle una sacudida para que el gordo Oscar le cediera el turno.

Se preguntaron el uno al otro si ya estaban listos, tras una rápida revisión a sus bolsillos y a las ventanas de las casas por si algún adulto figoneaba detrás de los reflejos, iniciaron el viaje, Carlos montado en la bicicleta, Marcelo parado sobre la rueda trasera y los gordos siguiéndoles el paso a pie, a los árboles que se alzaban más allá del baldío. Con maestría siguieron el camino que habían trazado con plumón rojo en las cortezas, a veces se tornaba tan angosto que tenían que bajarse de la bicicleta para caminar unos metros, lo que resultaba molesto sobre todo cuando el suelo estaba húmedo y el agua le traspasaba la tela de sus zapatos hasta emparar los calcetines, por eso la importancia de la chamarra azul a cuadros, que aunque no servía para mantener sus pies secos, al menos sí para detener el viento que arreciaba agresivo con frío; Carlos se calzó la chamarra y mientras lo hacía vio a Josefina, Emiliano, Tania y Dolores esperándolos afuera de la choza.

—¡Por fin! —chilló Tania deteniendo la bicicleta por el manubrio para hacer intercambio con Carlos

por el tenedor y el cuchillo que llevaba envueltos en un trapito de franela.

—¿Está adentro? —preguntó el gordo Damián sacando sus respectivos cubiertos del bolsillo trasero de sus jeans enlodados.

—Sí, ahí está.

—¿A quién le toca hoy? —preguntó la siempre temerosa Josefina, ofreciendo sus cubiertos al aire

—A los gordos y al Carlos.

—Ay, yo también quiero —se quejó Marcelo arrebatándole los cubiertos a Josefina.

—Los gordos, Carlos y Marcelo, entonces.

—Pero es que no tengo mucha hambre, mi mamá me hizo comer todo ¡Hasta las verduras!

—No seas mariquita. Hoy te toca.

Tenía una leve esperanza porque su turno fuera saltado, pero no tenía caso insistir, a decir verdad, el viaje le había aligerado el buche y tras una rápida consideración se sintió capaz de devorarlo sin enfermarse como la última vez.

Los cuatro se formaron a la entrada de la choza que casi se encontraba a la par del suelo, enterrada en el pasto al frente y sujeta de los flancos por raíces nudosas que llegaban al techo hundido, por lo que tenían que entrar a rastras, al menos hasta llegar al fondo.

Entre la oscuridad, notablemente calmados, los chamacos esperaron a que Oscar con la ayuda de su hermano lograra encender, sin quemarse los dedos, las dos velas largas que habían robado de la casa de su abuela Toña, una anciana sorda y muda. Entonces, un sutil chillido, casi como el de un ratón o un gorrión, los hizo dirigirse a la esquina: ahí estaba, tirado en el suelo, su desnuda circunferencia parcialmente iluminada por la tenue luz de las velas y los ojos en el techo.

—¡Perrito! —lo saludó Marcelo, en realidad no era un perro ni mucho menos se llamaba así, Carlos dudaba que tuviera un nombre puesto que tampoco tenía una casa. Perrito les saludó con una sonrisa amplia y chueca que asomaba sus dientes tiznados. Torpe, pesado, se arrastró sobre su trasero, impulsándose con sus piernas tullidas hasta estacionarse entre ellos. Así de cerca, Carlos podía oler la choquilla de su piel blanca, tan

blanca que era posible mapear las venas debajo. Perrito se acostó dejando expuesto su cuerpo, y aunque Carlos sabía que ahí no había nada, su mirada vagó a donde su pene debería estar, porque, aunque no portaba un órgano sexual para confirmarlo, sabía que se trataba de un varón.

—Buen perrito calmadito, —le cantó Damián mientras decidía por dónde empezar a comer —Perrito, perrito quédate quietecito mientras te pico, te pincho y te robo un pedacito. Perrito, perrito, dame un bocadito.

Y Perrito se alegró, retorciéndose en la tierra, como si su cuerpo fuera una cola canina y jadeando se llevó el brazo a la boca lamosa para darse un mordisco; Carlos observó fascinado las tiras de carne desgarrarse, la sangre saltando como si de una naranja se tratase, se encontró emocionado tras salivar con el sonido chichoso de la carne que Perrito masticaba con la boca abierta y los ojos negros perdidos en alguna parte sobre ellos; ni un minuto después el surco que la mordida dejó en el brazo volvía a regenerarse, como mantequilla embarrada en pan.

—Perrito, perrito, dame tu bracito —Esta vez fue Carlos quien cantó mientras sacaba el panqué de naranja envuelto en servilleta para dárselo a Perrito que lo olfateó con interés, e inmediatamente después hincarle el tenedor en el muslo, cerca de la hinchada ingle, con el cuchillo cortó torpemente un cuadro de carne suavcita que temblaba sobre los cuatro pilares de aluminio; de reojo vio a los otros haciendo lo mismo.

—Perrito, perrito.

Carlos se llevó la carne a la boca y masticó una, dos, hasta seis veces con lentitud, saboreando la explosión de sangre dulzona que se le escapaba de la sonrisa; Perrito estaba muy jugosito.

—Cómanse todo, Dios sabe que hay personas que no tienen ni que comer.





El castigo del culpable

Francois Villanueva Paravicino



«Qar», «qar», «qar», escuchaba aquellos gemidos en mis sueños, insistentes e ineludibles como si buscasen perseguirme hasta el fin del mundo; y, aunque deseaba despertar de una vez por todas, aquella especie de estribillo mortuorio me acorralaba con un sopor pesadillesco y me vencía por mi impotencia, demorándome más en abrir los ojos y ver la realidad concreta.

Yo que alquilo un departamento en Manhattan, no entiendo cómo aquellos ataques de terribles pesadillas me trasladaban a un pueblo de las alturas de los Andes, con una plaza matriz en medio de un puñado de casitas de un solo piso y de material rústico, donde las calles están y se sienten deshabitadas y abandonadas como un pueblo fantasma.

Es recurrente que aparezca entre las sombras de la alucinación aquel monstruo al que tanto temo y padezco, ya que hasta la soledad absoluta es aceptable en comparación con la presencia de dicho ser bestial, aquel fenómeno que no deja de chillar de forma grotesca: «qar», «qar», «qar», como si fuera una sentencia de muerte o el crepitar de las llamas del infierno.

Cuando lo busco para atacarlo y liberarme de su horrible existencia, siempre lo encuentro en una de las calles más abandonadas y tristes de dicho poblado agonizante, de espaldas a mí, con aquel lomo de auquérido andino de fibras encrespadas y níveas, y con una nuca (pues es humana) y cabeza con cabellos femeninos que descansan sobre su oblongo y grueso cuello.

De inmediato, viene lo terrible. Aquella llama serrana gira su cabeza antropomórfica hacia donde yo la miro con los pies tambaleantes, y puedo ver su horrible rostro humano y deforme, como un zombi en estado de descomposición, agusanado, putrefacto y, lo peor, burlón con mi susto, incluso puedo ver sus labios

sonrientes con gruesos dientes infectados, repitiendo una y otra vez:

—Qar, qar, qar...

Yo sabía que aquel demonio era un qarqacha, pero algo me impedía recordarlo o nombrarlo de forma cabal, a secas como debería hacerlo. Tal vez el recuerdo de Maura, aquel ángel cándido y puro de las alturas de San Miguel —en la adolescencia—, y cuya hermosa realeza no entendía cómo podría relacionarse con ese monstruo detestable; pero, oh cielos, quizás lo intuía y, al mismo tiempo, me odiaba con todas mis fuerzas.

Por ello, pese a todo, sé que con una sogá o cuerda elaborada a base de lana de llama, junto con un crucifijo bendecido y un cuchillo de acero, podría asesinarlo y acabar con todo; pero en las malditas pesadillas uno solo es un títere o un polvo en el viento, sin capacidad de decidir o actuar por su propia voluntad, como un encarcelado que espera, segundo tras segundo, día tras día, la pena de muerte.

Ha sido casi un mes de noches turbias, donde luego de las enfermas elucubraciones mentales al dormir, ya no puedo disfrutar del descanso de los justos. Es como si el sueño en el que puedo sumergirme durante un día fuese atacado por aquellas anomalías, con la finalidad de exiliarme del lecho de Morfeo, y yo fuera el proscrito insomne, desgraciado, maldito.

He dejado de ir a la universidad, he renunciado al trabajo de medio tiempo que tenía, y ahora solo he tratado de dormir, de forma inútil, con la esperanza de que soñar de día me salvará de aquel animal demoníaco y acosador de mis pesadillas nocturnas. Sin embargo, más cruel es el terror de recordarlo de forma inconsciente, que impide que me hunda en las aguas oscuras del sueño, pese a las cortinas cerradas y las tinieblas de una especie de cárcel.

Si logro tal ansiado anhelo, ahí está él: grotesco, burlón, despreciable y horrible. Y ver su grotesca fisonomía me espabila el sopor y, al despertar con una electricidad en los nervios, los ojos los siento apañados por una nube turbia y una atmósfera recargada, que, de modo contradictorio, lamento haber abandonado el reino de la inconsciencia.

Esta noche, que desperté horrorizado antes de escribir estos apuntes, vino lo peor. Lo encontré en la ducha de mi departamento, al costado de los servicios. Como ya casi tenía grabado en mi atrofiada cabeza su deforme corporeidad animal y humana, no me asusté de golpe, sino que pensé: «Hasta que te apareces en el mundo real, monstruo asqueroso». Y recordé en un instante, como un relámpago en unos aires neblinosos, que en este mundo real y verdadero sí podría vencerlo, pues sabía cómo.

En unos microsegundos violentos, como si alguien me colocara unas gafas contra la miopía o el estrabismo, logre observar de modo cabal sus ojos sangrientos, de fuego, corrompidos y, oh diablos, enloquecedores, que, de inmediato, como un golpe que recibiera en el pecho con arrebató, me hizo huir del baño, cerrarlo de forma estrepitosa, rezar varias oraciones y, sin embargo, no saber qué hacer en primera instancia.

Ahora, mientras la luz del alba se filtra a través de una franja minúscula de las cortinas cerradas, he decidido acabar con mi vida. En toda la noche no he podido pegar los ojos y siempre he estado pendiente de la puerta del baño, temiendo que aquel demonio pudiera salir de forma salvaje y atacarme sin piedad; y también, es deber anotarlo, no me he podido liberar de su murmullo desesperanzador: «qar», «qar», «qar», y tampoco del brillo diabólico de su mirada.

Aquel ruido gutural y obsceno, que trituraba mis neuronas, junto con la satánica imagen de sus ojos, que se había cicatrizado en mi cerebro, me llevaron al extremo del delirio y del terror absoluto, y caí en el abismo de la desesperación. Por ello, ya saben a quién culpar de mi fatal decisión. Yo le echo la culpa de todo. Escribo esto con mis únicas fuerzas.

Leandro Castro.



El cuento de terror perfecto

Marcelo Medone



—Adelante, Fernández, pase, pase. ¿O debería llamarlo Douglas Ferdinand? ¡Ja!

Emilio Fernández esbozó una sonrisa de compromiso y tomó asiento frente al director de Ediciones De Terror. Carraspeó y dijo:

—El seudónimo dejémoslo para los libros. Me comentó que tenía una propuesta para hacerme...

—Efectivamente. Nuestra editorial, que como usted sabe es líder en policial, terror y suspense, decidió

convocar a famosos para una antología de cuentos. El título es: “Los famosos escriben de terror”. Bueno, ¿no?

—Le agradezco el halago, pero lo mío son los libros de autoayuda, los horóscopos, la ufología...

—¡Justamente! ¡Usted es escritor! Y lo más importante: ¡vende! A partir de ahora, va a vender para nosotros. Tenemos cantantes, deportistas y actores que ya nos dijeron que sí.

—Pero... ¿terror?

—Escribir cuentos de terror es muy fácil. Lo más importante es crear el clima: noches de tormenta, si es con rayos, mejor, castillos en Transilvania, gritos

de ultratumba, cementerios abandonados, vampiros, zombies. Pero, por sobre todo, sangre. Mucha sangre. Goteando de cada palabra. ¡No puede fallar!

Como Fernández se mostraba indeciso, el director editorial jugó su carta de victoria:

—Le voy a ser muy sincero, Douglas; perdón, Emilio: no le pedimos gran calidad. Lo importante son los nombres de famosos como usted en la portada. Le prometemos un adelanto sustancial por su primera entrega; si nos va bien ya estamos pensando en una segunda parte. ¿Qué le parece una colección de novelitas de vampiros? ¡Hay que aprovechar el momento! Los libros de terror salen como pan caliente. El inframundo está de moda...

Emilio Fernández intentó replicar, pero no encontró argumentos. Suspiró y dijo:

—Bueno, veré qué puedo hacer...

* * *

Fernández entró al shopping dispuesto a realizar la mejor inversión de su vida. Entró a la megalibrería y fue al sector juvenil.

—Busco libros de terror...

La vendedora dejó de limarse las uñas por un momento, levantó la vista y dijo, de mala gana:

—Está parado en medio del terror. Tenemos desde licántropos modernos con superpoderes hasta una Caperucita Roja asesina, pasando por el horror lovecraftiano y la crónica roja. Elija tranquilo. Si compra algo, deles mi tarjetita a los de la caja —Y le alcanzó un papelito impreso que decía: “Jessica”.

Fernández se puso a revisar los libros que tenía a la vista. Luego de un rato, se decidió por un “Manual completo del Terror”, un libro de vampiros y otro de magia negra. Fue a la caja y pagó. El papelito de Jessica ni lo mostró. Pensó: “La próxima, que trabaje si quiere una comisión.”

Luego de tomarse un café, Emilio (o Douglas, porque ahora hacía de escritor) se instaló en el estudio de la planta alta de su casa. Contempló el jardín por el ventanal: ya estaba oscureciendo y reinaba la paz.

Tomó el manual que había comprado y empezó a hojearlo. Ni bien lo abrió, leyó una advertencia: “Solo para valientes. No leer de noche.” Le pareció un detalle humorístico y con mucho “gancho” comercial.

En una hoja comenzó a apuntar palabras que iba encontrando al azar: cadáver, sangre, colmillos, monstruo, ataúd, catacumbas, luna llena, vampiro, aullidos, mortaja, cementerio... La lista prometía ser muy larga.

Estuvo un rato estudiando el libro. Cuando decidió que ya era un experto en el tema se sentó frente a la computadora. Tenía en mente el cuento de terror perfecto. Comenzó a escribir:

“El conde Drakul se levantó de su sarcófago y fue hacia la ventana. Descorrió las pesadas cortinas y observó el cielo nocturno, con la luna llena oculta tras unas nubes siniestras. Un hilo plateado de saliva resbaló de uno de sus colmillos, mientras pensaba en la cacería que le esperaba. Necesitaba sangre fresca.”

“El conde abrió la ventana y sintió el viento frío. Se envolvió en su capa negra y salió volando transformado en un vampiro. Un relámpago sacudió la noche. Comenzó a caer la lluvia...”

Emilio releyó el párrafo que acababa de escribir y decidió darle un poco más de dramatismo, siguiendo al pie de la letra las indicaciones que se había fijado para darle el esperado clima de terror al relato. Escribió:

“El conde abrió la ventana y sintió el viento de muerte. Se envolvió en su capa negra y salió volando transformado en un horrible vampiro. Un relámpago terrible sacudió la noche. Comenzó a caer una lluvia infernal...”

Entonces, Emilio vio un relámpago a través de su propia ventana, seguido por un trueno que hizo temblar los vidrios. “Un buen escritor sabe inspirarse en la realidad para escribir su ficción”, se dijo con orgullo. Pronto se desató una lluvia torrencial, que martilleaba contra su ventana como si fuera piedra.

Continuó escribiendo en su computadora:

“El vampiro fue volando en medio de la atroz tormenta hasta el poblado al pie del castillo. Ubicó la vivienda de Margarita, la joven y hermosa doncella que iba a celebrar al día siguiente su boda con el más famoso escritor de la comarca, el apuesto Doug Ferdín, el bardo favorito del rey.”

Emilio se rio para sus adentros: se imaginaba como el héroe de la historia. Le estaba resultando divertido y fácil escribir su historia de terror.

“La bella Margarita se terminó de peinar su largo cabello y se acostó entre las blancas sábanas de su cama, suspirando por su prometido. Ni bien cerró los ojos, el vampiro entró por la ventana entreabierta y se posó junto a ella, transformándose nuevamente en el conde Drakul. En ese preciso instante, Margarita se despertó y lo vio espantada al conde, quien sonreía mostrando sus terroríficos colmillos. Intentó gritar, pero su grito se ahogó cuando el vampiro le hundió los colmillos en el cuello y comenzó a succionar su tibia sangre. En pocos minutos, Margarita quedó seca y desfallecida en su lecho, pálida como un muerto en su ataúd. El conde Drakul se limpió con su capa los restos de sangre que le chorreaban de la boca y salió volando por la ventana, en busca del prometido de la desdichada Margarita. Entonces, el reloj de la iglesia dio nueve fúnebres campanadas...”

Emilio no pudo aguantar la curiosidad y consultó la hora en su reloj: eran exactamente las nueve de la noche. Una leve sensación de incomodidad se instaló en su cerebro. Finalmente, decidió seguir escribiendo.

“El vampiro vio desde lejos las luces de la vivienda del bardo Doug Ferdín, en las afueras del pueblo. Había una ventana iluminada en el piso superior; el resto se encontraba a oscuras. Al acercarse, vio que correspondía a la habitación del mismo Doug, que estaba sentado en su escritorio, leyendo o escribiendo. Plegó sus negras alas y se lanzó como un halcón en picada hacia la ventana, sin darse cuenta de que estaba cerrada. Dio de lleno contra el vidrio, que no se rompió de milagro. Quedó medio atontado por el golpe y aterrizó en la cornisa que estaba debajo...”

Justo en ese momento, Emilio sintió un golpe seco en su ventana. Seguramente, algún pájaro desorientado por la tormenta había dado contra el cristal. Se levantó

para investigar, pero no encontró nada raro. Le pareció que una figura de alas negras desaparecía en la noche. ¿Estaría sugestionado por la historia que estaba escribiendo? Otra vez esa sensación de incomodidad que empezaba a parecerse al miedo. ¡Qué tontería! Volvió a sentarse a escribir:

“El vampiro caminó torpemente a lo largo de la cornisa, hasta llegar a una pequeña ventana abierta. Saltó dentro de ella y aterrizó como el temible Conde Drakul. Afuera la tormenta se volvía más intensa, con relámpagos y truenos que sacudían la noche en medio de la feroz lluvia. El conde caminó resueltamente en dirección a la recámara de Doug Ferdín. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Se acomodó la capa, se pasó la lengua por los colmillos y llamó dando tres golpes con sus nudillos...”

Emilio Fernández sonrió satisfecho: su historia de terror le estaba quedando estupenda. Miró por la ventana y vio que la tormenta arreciaba. Era bueno estar a salvo en casa.

De repente, oyó tres golpes en su puerta. ¡Tres golpes! Se sobresaltó y comenzó a temblar, presa del pánico. ¿Vendría el conde Drakul a buscarlo? ¿Sería posible o era todo una alucinación suya?

Trató de calmarse y buscar una solución. Se dijo que su inventiva de escritor debía servirle para algo. A fin de cuentas, ésta era su historia.

Continuó escribiendo:

“Al escuchar los golpes en su puerta, el bardo Doug se levantó de su escritorio y la abrió, pensando que era su tía Eduvigés. Se encontró cara a cara con el conde Drakul, quien se abalanzó sobre él dando un bestial alarido. El vampiro intentó clavar sus colmillos en el cuello del escritor, pero quedó paralizado con una expresión de asombro y horror en su rostro. En vez de morder había sido mordido: ¡el bardo Doug Ferdín era también un vampiro! El conde sintió cómo la sangre se escurría de su cuerpo antes de desmayarse...”

Más tranquilo, Emilio fue hacia la puerta y la abrió lentamente...



El hombre del sombrero

Iván Enrique



15 de junio, 4:00 a.m.

El Dr. Ricardo me recomendó escribir cada vez que me despertara por las madrugadas, me dijo que solo así llevaría un registro sobre las sensaciones que estoy sintiendo al momento de despertar.

Bueno, solo voy a escribir que en esta ocasión me desperté por sed, pero lamentablemente no tengo alguna sensación en concreto, lamento decepcionarlo Dr. Ricardo, este escrito será el más aburrido que haya leído.

17 de junio, 3:36 a.m.

Me acabo de despertar, no para orinar ni para tomar agua, esta noche sentí que alguien me observaba, no puedo describir la sensación de angustia y de terror que sentí ante semejante hecho, lo peor no fue sentir que me observaran, sino que intenté moverme y ninguna parte de mi cuerpo no me respondía.

No sé qué es lo que sucedió, una vez que pude moverme, encendí las luces de mi casa y me dirigí a mi oficina para escribir rápidamente lo que me sucedió, me siento raro, espantado, creo que veré televisión hasta que el sol aparezca.

19 de junio, 3:09 a.m.

Dr. Ricardo, no se si son efectos de los medicamentos que me recomendó, pero no siento mejoría al res-

pecto; me prometió que dormiría profundamente y sin embargo me encuentro en la nefasta situación de dormir solo unas cuantas horas despertarme siempre en un lapso entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Aunado a esto siento mareo y una falta de coordinación por parte de mi cuerpo, lamentablemente doctor, este escrito es una queja más que una transcripción de mis sensaciones.

20 de junio, 3:15 a.m.

No sé si mi imaginación me jugó una mala pasada; estaba acomodándome para el lado izquierdo de mi cama, donde la vista me alcanza para mirar hasta un pequeño espacio del pasillo de mi casa, y se me ocurrió abrir a medias mis ojos cuando vi una silueta de un hombre, de pie, en ese momento me desperté de forma abrupta, encendí la luz de mi habitación y la del pasillo, no había nadie, ni los moscos molestos que solo perturban el sueño.

Busqué por toda mi casa algún indicio de intrusión, pero no encontré más que mi propia angustia plasmada en imágenes que, probablemente, mi mente fabricó. Solo me queda escribir esta sensación de terror y desesperación por no saber que está pasando.

25 de junio, 3:50 a.m.

Durante estos días de ausencia no pude escribir, no porque me diera flojera, sino porque el miedo me puede más que cualquier cosa.

Dr. Ricardo, explíqueme usted como es que durante estos días he tenido la infortunada interrupción desmedida de mis horas de sueño a causa de la misma silueta que vi días atrás, me da miedo que un día de estos sea mi última vez durmiendo.

Espero que pronto desaparezca esta extraña silueta, hoy me armé de valor para escribir, no puedo soportar este terror que me consume madrugada tras madrugada.

27 de junio, 3:15 a.m.

Acabo De tener una parálisis del sueño, doctor, acabo de presenciar algo totalmente macabro. La silueta que antes se encontraba en el pasillo ahora se posicionó en la entrada de mi habitación, totalmente de pie.

Las palabras me son insuficientes para describirle lo mórbido de la situación, era un hombre sumamente alto, diría que de un metro noventa casi dos metros, con un sombrero negro, no muy largo, ni muy corto, y lo peor de todo es que no podía visualizar nada de dicho hombre, es como si fuese la simple silueta negra enfrente de mis ojos.

Cuando pude mover mi cuerpo por completo tuve el mísero error de cerrar los ojos y volver a abrirlos, para cuando los abrí, el hombre se había esfumado. Estoy asustado, confundido, tengo ganas de vomitar ¿será que esto fue real o solo un producto imaginario, un sueño?

28 de junio, 3:59

Se me olvidó tomarme mis medicinas, dos cápsulas de 25 mg. de Difenhidramina y dos pastillas de 5 g. de Melatonina, me siento como si estuviese a mitad del día, con toda la energía y disposición del mundo. Esto no está bien.

No puedo sino aborrecerme cada vez que me veo al espejo, no parezco un ser vivo, parezco un muerto viviente, estas ojeras resaltan más que mi propio color de ojos. Necesito descansar.

30 junio, 3:41 a.m.

Me desperté con mal augurio. Fui a orinar, pero sentí desde que deje la cama una sensación de extrañeza, de nuevo, como si alguien me estuviese vigilando, desde algún rincón oscuro de mi casa, desde las esquinas de la habitación, desde el fondo del pasillo, ya no me siento seguro caminando por la madrugada entre mi casa.

Después de jalar la cadena y lavarme las manos me dirigí a mi oficina a escribir, no sé que esté pasando o

porque las medicinas no están funcionando, pero estoy enojado y asustado, ya no deseo pasar por esto.

02 julio, 4:38 a.m.

Me fui a casa de mi madre. Era de esperarse la extrañeza en su rostro cuando me vio tocando a su puerta a esta hora de la madrugada, me preparó café, me sirvió unas galletas deliciosas de coco y me preguntó el por qué de mi visita a su casa a esta hora, sin avisar y con un semblante de espanto y horror inenarrable.

Básicamente sucedió de nuevo, otra parálisis, doctor. Esta vez lo sentí demasiado real, pude ver cómo el hombre del sombrero negro se posicionaba enfrente de mi cama, mientras que sus ojos blancos me miraban penetrante. No podía mover mi cuerpo, no podía expresar ningún sonido, solo podía acontecer aquel sujeto del sombrero, entrando en lo más profundo de mí, perturbando mi sueño, desestabilizando mi cordura y mi paz; de forma brusca y ofensiva se acercó rápidamente hacia a mí, y mi reacción de terror al cerrar los ojos hizo que mi cuerpo se moviera y que la silueta del sujeto desapareciera por completo. No voy a negar que el grito de espanto que hice y la vomitada que expulse fueron simples muestras del terror tan fuerte que estaba sintiendo en ese preciso instante. Necesitaba escapar de mi casa, al menos esta noche.

Mi madre, al oír la historia, no dijo nada, solo me dio un beso en la frente, me preparó mi antigua habitación de niño y me encendió la televisión para que pudiera ahí pasar la noche. Algo muy bueno de ella es que siempre me permite quedarme con ella más de una sola noche, algo lindo de las madres es que no importa que es lo que pase, siempre están ahí para ti.

09 de julio, 10:07 a.m.

Por fin he podido dormir tranquilamente, la estancia con mi madre me ha resultado muy amena y pacífica; es hora de regresar a casa.

Antes de llegar a mi hogar me detuve en un puesto de revistas para comprar el periódico más reciente, la

nota principal me llamó mucho la atención, más que interesarme me pareció aterrador el título y a la vez mi inquietud comenzó a aparecer nuevamente.

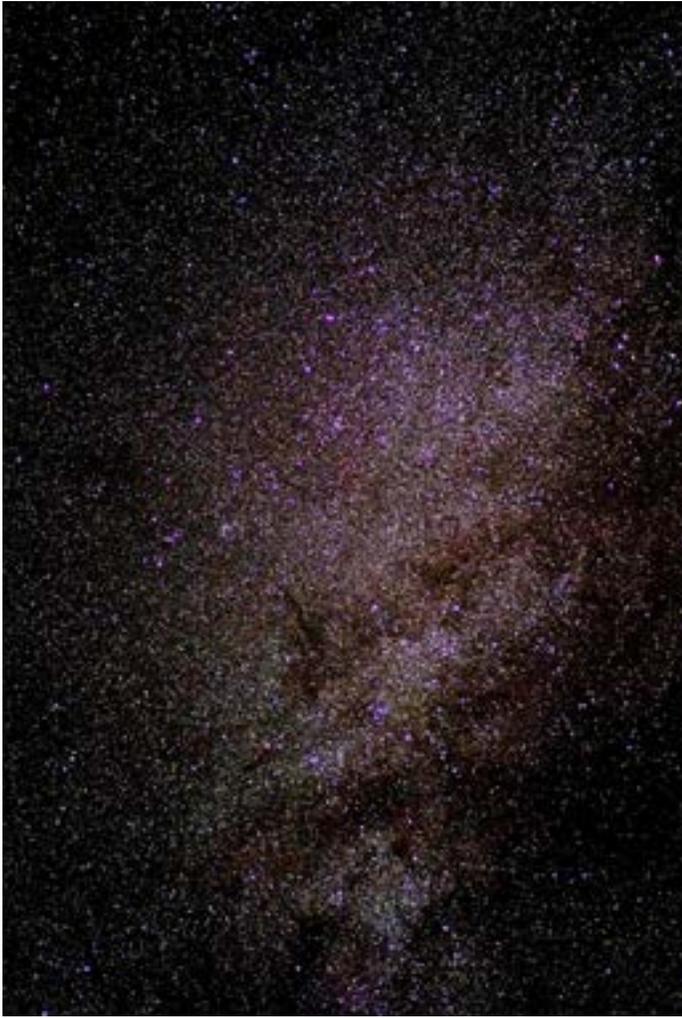
La nota decía lo siguiente:

El hombre del sombrero ya fue atrapado

El día de hoy, 09 de julio del presente año, a las ocho horas fue capturado el asesino serial Gustavo Portabais, presunto culpable de haber cometido por lo menos 15 asesinatos durante las noches. La policía lo ha identificado como “El hombre del sombrero” debido a que en las escenas del crimen siempre acostumbraba a dejar una nota a lado de un sombrero que él mismo se encargaba de dejar. Gustavo Portabais será trasladado psiquiatría dónde se le harán rigurosos estudios y exámenes para identificar posibles problemas psicológicos, debido a que en su testimonio declaró a la policía cometía dichos crímenes y cito: “Me encanta observar a mis víctimas antes de despedirlos”. Los informes y la declaración del jefe de policías se darán esta noche en punto de las ocho de la noche.

Raúl Robles Serrano, investigador y periodista del periódico EL ALBA

No puedo creer semejante noticia, necesito llegar a mi casa y hablar por teléfono con el Dr. Ricardo. Llego a casa, dejo el periódico en mi sillón y camino hasta mi oficina, abro la puerta y observo aquel objeto que hizo helarme la sangre: un sombrero con una nota pegada. Me acerco, abro la nota y esbozo un grito infernal al leer lo que dice. Buenas noches.



El Regalo de Dios

Tania A. Jáquez A.



La bruma era tan densa que nadie podía mirar al frente. Todos andaban con la cabeza gacha, esperando a que aquello les ayudara a quitar el duro picor de los ojos que les ocasionaba. Caminaba el pueblo de la Bruma, sumido en una vida bajo aquella cortina oscura que no podían ver el sol, ni el cielo, ni las aves que volaban encima de ellos porque les dolía, sentían que el viento les hacía daño y la misma neblina espesa les quitaba el aliento. Vivían para morir debajo de esa

fea capa de eso que no sabían qué era, de donde venía, hacia donde iría.

En la Ciudad de la Bruma había una mujer que miraba por la ventana. Podía alcanzar a ver algunas personas caminando por las calles con bastones para evitar que la neblina los tragara y resultara en accidentes. Con faroles en las manos para no perderse. Nadie tenía autos, nadie usaba transportes. Todos caminaban. Miró cómo la niebla gris se comía el acero y todos los metales de los herrajes en las casas, ya fuera de puertas como de ventanas. Las casas caían a pedazos por la humedad.

Un día la mujer de pálida piel asomó el rostro por la ventana más alta de su casa mientras limpiaba. Un cálido rayo de sol se dejó caer justo en su piel, generándole una sutil quemada. Aulló del dolor y se alejó, asustada. El pequeño rayo permaneció proyectando su luz contra el suelo. Grisa tuvo miedo. Sin embargo, acercó la mano para poder sentir el calor delicado que desprendía, que generó ligeras quemaduras. No conocía nada encima de la bruma, pero no era tonta. Entendía qué era aquello: Sol.

Corrió a decirle a su esposo lo que había descubierto. Fueron juntos al lugar donde se encontraba el rayito de sol. Atemorizados, hablaron al cura. El gordo hombre puso su mano bajo ella recibiendo la suave lamida de calor. Alarmado, se fue hasta la plaza principal, frente a la magnífica catedral de la bruma, donde el dios miraba desde lo alto de una estatua. Su rostro de sol esculpido en piedra oculto por una nube.

—¡Nuestro dios se ha manifestado, está furioso por que hemos vivido en pecado, arrepentíos! —Gritó en el altavoz y los fieles se postraron en el suelo adorando al dios y pidiendo perdón.

Grisa se limitó a mirar desde la orilla de la plaza oscura. El pueblo entero tomaba aquello como el acontecimiento más horrible de todos los tiempos, pero ella, no sabía por qué, creía que el cielo estaba manifestándose de manera hermosa, aunque dolorosa. Vio de la catedral alzarse un suave humo que se extendía por el cielo con tranquilidad, rellenando el agujero por donde

se había colado la luz. Su corazón volvió a nublarse, cerró los ojos y lloró en silencio.

Varios días después, fue por víveres al mercado. Compró lo necesario y de camino volvió a sentir un calorillo sobre la cabeza. Alzó el rostro, la luz le golpeó los ojos, dejándola ciega. Gritando, dejó caer sus compras, buscando las formas a su alrededor, pero todo estaba muy blanco y luego oscuro, tan oscuro como la noche.

Su esposo llegó a casa de noche y la vio con los ojos vendados. Le preguntó lo sucedido y ella contó con lujo de detalle, envuelta en sollozos. Le examinó los ojos, se le habían vuelto blancos como la leche debido a una fea catarata.

Durante la noche, Grisa se fue al balcón a tientas y se sostuvo del barandal de hierro forjado, con herrumbre. Su esposo seguía dormido, verían al doctor en la mañana. Sin embargo, quería sentir el viento fresco de la noche. Se quitó la banda de los ojos y como un milagro pudo ver más allá del cielo brumoso, las estrellas brillar. No paró de observarlas: eran como diamantes diminutos colgados en una tela oscura que nunca había visto, tan negra como la propia oscuridad.

Al amanecer le contó todo aquello a su marido, entendiendo el regalo del sol. El chisme se corrió por la colonia y luego por la ciudad. Cientos de curiosos acudían a molestarla día y noche para escuchar lo que había sobre la bruma. La llamaron la “profetisa del Sol”. Sin embargo, fue el sacerdote quien la visitó una noche, llamándola maldita y le arrebató los ojos con la rabia de su dios y la ayuda de su creyente esposo para quedar en completa oscuridad, tendida en el suelo, llorando sangre y odiando el primer momento en el que pudo ver el sol salir de la bruma.

“Que el Señor de la Bruma te perdone...”



La marea roja

Yolanda Fernández Benito



La noticia que ha escandalizado al planeta, también ha logrado aliviar a la sociedad de la pesada losa que había sepultado las ilusiones de muchas parejas. Aunque no podamos recuperar a aquella generación perdida, podremos seguir adelante sin tenerles miedo. Por fin se ha resuelto el misterio que envolvió a los incidentes que comenzaron diez años atrás.

El primer ataque se registró en Madrid. Los periódicos lo bautizaron con el nombre de Marea Roja. La

rutina de muchos hogares madrileños se vio truncada a las dos de la madrugada. Sin motivo aparente, los más pequeños de la casa se levantaron de sus camas y mataron salvajemente a cuanto adulto se cruzó en su camino. Se contaron por miles las víctimas de aquella noche. Padres, madres y abuelos apuñalados o asfixiados con sus propias almohadas mientras dormían. Los más creativos hicieron estallar sus casas con ayuda del gas o prendieron fuego a las viviendas con sus mayores dentro. Tampoco se libraron los buenos samaritanos que intentaron ayudar a los pequeños que de madrugada caminaban por las calles con los pijamas ensangrentados y aferrados a sus peluches. El caos se acrecentó cuando los caídos fueron policías y sus armas pasaron a manos de los pequeños que con gran pericia no dudaron en usar.

Aunque a simple vista parecía que deambulaban sin destino fijo, una gran horda de criaturitas se concentró en la Puerta del Sol. Las autoridades habían sacado al ejército a la calle con la misión de acordonar la zona.

A las ocho en punto, el tenso silencio fue roto por los desconsolados lloros de aquella multitud de niños. Las lágrimas surcaron sus mejillas, abriéndose paso entre los restos de sangre seca y mugre acumulados durante la noche. Aquellos pequeños monstruos volvían a ser niños indefensos que se aferraban a lo único que les quedaba, sus adorables peluches irreconocibles debajo de una amalgama de restos humanos.

Los aguerridos soldados no fueron capaces de aguantar la desoladora imagen. Extremando las precauciones, entraron en la zona de exclusión e intentaron calmar a la marea de llanto, mocos y babas en la que el centro de Madrid se había convertido.

En la Casa de Campo se instaló un campamento de emergencia. El ejército tuvo que reclutar a cientos de profesionales y voluntarios para lavar, alimentar y clasificar a semejante cantidad de niños. A cada pequeño se le asignaba un número hasta su definitiva identificación y con meticuloso cuidado se embolsaban sus escasas pertenencias: pijama, zapatillas y peluches. Después eran alojados en tiendas de campaña, donde permanecían encadenados a sus camas.

En los pabellones de IFEMA se instaló la morgue donde trasladaron a las víctimas para su reconocimiento. Miles de familiares se agolpaban en las oficinas que el Estado había habilitado para facilitar las identificaciones y el reagrupamiento familiar.

Cientos de expertos compartieron sus teorías sobre lo ocurrido, a cada cuál más disparatada e imaginativa, pero lo cierto fue que, después de realizarles todo tipo de estudios psicológicos y pruebas clínicas, no encontraron ningún motivo que justificase aquella escalada de violencia colectiva. Las teorías sobre alimentos transgénicos, ataques alienígenas y demás disparates inundaron las tertulias de televisiones y redes sociales.

Una vez superada la fase de identificación, surgió un problema mayor. La mayoría de los niños habían quedado huérfanos y sus familiares no querían hacerse cargo de ellos. El miedo o el odio se lo impedían. El gobierno no sabía qué hacer con aquellos niños.

La solución vino de la mano de la fundación Ni un niño sin sonrisa, creada hacía varios años por la conocida activista en favor de los derechos de la infancia Carla de Río. Eran famosas las campañas de recogida de fondos destinadas a paliar la pobreza infantil, destacando la que se realizaba semestralmente Ni un niño sin peluche, ni un niño sin sonrisa, que conseguía inundar las casas de España de adorables animalitos de peluche.

La fundación acogió a los pequeños en sus instalaciones de la isla de Colom, garantizando que los niños crecerían felices sin que ningún adulto les recordase constantemente su participación en aquella funesta noche. El gobierno aceptó aliviado aquella oportunidad para librarse del problema y así recuperar su maltrecha imagen.

El día que dismantelaron el campamento de la Casa de Campo, también incineraron las macabras pertenencias requisadas a los pequeños. Una montaña de peluches ardió emitiendo una columna de humo negro visible a kilómetros de Madrid.

Las ferreterías no dieron abasto instalando cerraduras de seguridad en las puertas de los dormitorios de los niños de toda España. Y aunque nadie lo reconocía, el



noventa por ciento de los niños empezó a dormir atado a la cama con correas decoradas con bonitos motivos infantiles. Tampoco quedó una habitación infantil sin videocámara.

Los que tildaron de exagerados a los que tomaron precauciones, tuvieron que rectificar seis meses más tarde cuando la Marea Rojase reprodujo, esta vez, a nivel nacional. Gracias a las medidas de protección y a la triste experiencia adquirida en Madrid, el número de víctimas mortales fue mínimo. Esa noche los aterrados padres vieron en las cámaras cómo sus pequeños intentaban levantarse de la cama y cómo los que lo conseguían eran incapaces de franquear la puerta de seguridad. Cuando tomaban conciencia de que no iban a salirse con la suya, no lloraban ni se enrabietaban, simplemente se tumbaban en el suelo, abrazaban a su peluche y se dormían. Al igual que en Madrid a las

ocho de la mañana, volvían a comportarse como niños que eran.

Los ataques siguieron registrándose durante varios años. La incidencia era casi nula y los pocos niños que lograban su propósito eran trasladados a la Isla de Colom. El país quedó aislado por una larga cuarentena que duró cinco años, los tres en los que se produjeron los seis ataques y dos más por protocolo de seguridad.

La natalidad se redujo casi a cero. ¿Quién se arriesgaba a traer al mundo a un psicópata sin cura? Por más pruebas que se hacían no se encontraba la causa. Al principio, se recurrió a la adopción internacional, ya que en otros países no se habían dado casos. Pero no tuvieron éxito, ya que los niños recién llegados también sufrían las crisis.

Hoy, por fin, se ha arrojado luz sobre el episodio más nefasto de nuestra historia. La adorable Carla de

Río se suicidó hace unos días. A modo de carta de despedida, dejó a sus colaboradores más íntimos una caja que contenía lo que, en principio, se pensó que eran recuerdos de una vida consagrada a la protección de la infancia. Al verificar su contenido no dudaron en avisar a la policía. De su estudio y otras pruebas recabadas pudieron establecer el relato de lo sucedido.

«Carla de Río se crio con sus tíos, ya que sus padres emigraron a EE.UU. en busca de trabajo y nunca más se supo de su paradero. Fue una niña normal, con un excelente expediente académico que la permitió acceder a una beca para cursar sus estudios de Ciencias del Comportamiento en Londres. Allí se graduó con honores y conoció a su marido, heredero de una de las mayores fortunas del país. Ambos pusieron esa fortuna al servicio de la infancia, creando múltiples fundaciones repartidas por todo el mundo. La trágica muerte de su marido, cuando defendía a una niña de sus padres que pretendían casarla contra su voluntad, hizo que Carla volviese a España volcándose en su fundación Ni un niño sin sonrisa.

Pero Carla, en su afán de defender a los más pequeños, cruzó la fina línea que separa la cordura de la locura. Sus famosos peluches, vendidos en toda España con fines benéficos, no eran un simple juguete. Su tela estaba impregnada de una sustancia psicotrópica indetectable que predisponía al sujeto expuesto a obedecer cualquier orden. La sustancia también tenía propiedades adictivas, que conseguía que, en tan solo un mes, el niño y su nuevo amiguito fueran inseparables. Los adorables ojos kawaii de los peluches estaban equipados con microaltavoces y receptores de onda corta.

Madrid fue todo un éxito. Las instrucciones emitidas por radio consiguieron inducir a los pequeños un estado de trance que les obligaba a que acabasen con los adultos que les maltrataban, coartaban y no les dejaban realizarse. Aquellos que tarde o temprano les defraudarían. Ella les ofrecía libertad y felicidad.

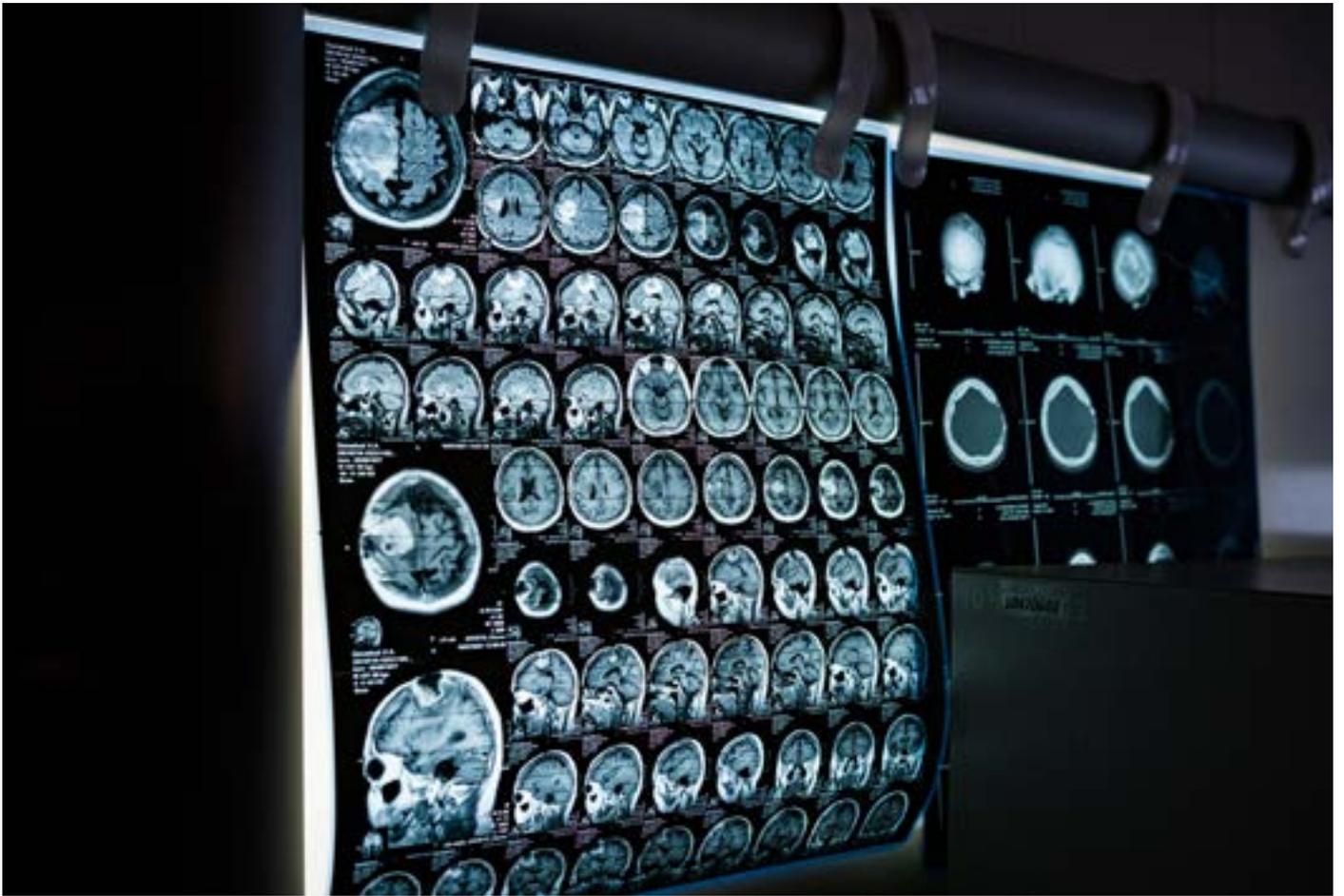
Años antes había comprado la Isla de Colom, cerca de Mallorca, para construir un refugio donde los niños podrían vivir felices. Con satisfacción, acogió a los

pequeños de la Marea Roja consciente de que ella les podía ofrecer una vida mejor.

Quería salvar a más niños y por eso repitió los ataques. La metodología era sencilla: campaña de venta de peluches y un mes después liberación de pequeños. En sus diarios se lamentaba de su torpeza por no realizar una única campaña. La prueba de Madrid había puesto en alerta a los represores entorpeciendo su objetivo. Además, las ventas de los peluches cayeron en picado, otra prueba más de lo poco que los adultos se preocupaban por la infancia. Desanimada y derrotada abandonó su cruzada, volcándose en el cuidado de los afortunados que sí había logrado salvar.

Al recibir la orden de traslado de los menores y de clausura de su paraíso, Carla no pudo asumirlo y decidió acabar con su vida. Una inspección rutinaria del Gobierno Balear descubrió que había incumplido gran cantidad de leyes de urbanismo. Los edificios construidos en la isla sobrepasaban con creces el coeficiente de edificabilidad permitido. En unos meses tendría que desmontar su gran obra».

De lo que nadie habló fue del contenido de la casete encontrada en el fondo de la caja. Eran grabaciones de baja calidad donde se oía suplicar a una pequeña Carla: «Tío Teodoro, no quiero jugar a Ricitos de Oro. Me das miedo con ese disfraz de oso» y la respuesta tranquilizadora de su tío: «No te preocupes, cariño, que lo vamos a pasar muy bien. Y no me llames Teodoro, llámame Teddy».



Rayas grises

J.R. Espinosa



Contrario a lo que muchos creen, la muerte no ocurre en un instante, sino que es todo un proceso. Médicamente, la hora de la muerte se define como el momento en el que el corazón deja de latir, y por tanto la sangre deja de fluir hacia el cerebro. Pero después de esto, el cerebro suele tener de treinta a ciento ochenta segundos más de lucidez. Lo sabemos gracias a un detallado estudio que hicimos con el equipo de Medicina de Nueva York. Uno pensaría que habría

sido suficiente lo descubierto, pero nuestro benefactor nos pidió que fuéramos más allá. Literalmente.

Nos tomó nueve años desarrollar la tecnología. Siempre a la vanguardia, Giovanni nos proveía de las mejores herramientas. No escatimaba en gastos. Lo único que exigía era transparencia y resultados. Solía hacer visitas trimestrales para supervisar la investigación. Hace diez días realizó la última.

—¿Cuál es la situación doctor?

No respondí de inmediato. Lo guié hacia nuestra caja de Anubis, como solíamos llamarle. Una carcasa para resonancia magnética adaptada para nuestro sistema de imagen neuronal.

—Él es el señor Simmons —el hombre acostado sobre la plancha de metal tenía sesenta y tres años. Había aceptado participar en el experimento. Lo cual

significaba morir, a cambio de una considerable suma de dinero para su familia.

—Hola —saludó Giovanni con seriedad, el hombre no respondió.

—El señor Simmons tiene nuestro sistema neuronal conectado a su bulbo raquídeo —le expliqué —Señor Simmons, ¿puede, por favor, pensar en una oso?

La pantalla de pronto se encendió y el oso yogi apareció en ella. Saludando. Una leve sonrisa se esbozó en el rostro de aquel sujeto a punto de morir.

—Ahora viene la parte que ha estado esperando, señor.

Me acerqué al hombre en la plancha y clavé en su brazo una jeringa. El contenido de esta le mataría en cuestión de segundos.

La pantalla mostraba imágenes intermitentes. Un pequeño perro color café. Una mujer vestida de novia. Una niña haciendo castillos en la playa.

—Esos son...

—Supongo que son recuerdos —le dije— deberán cesar en algún momento.

Y así fue. La pantalla se puso en blanco. Luego apareció el señor Simmons en ella. Vestía una bata blanca. Se veía muy limpio. La imagen del televisor era interrumpida por unas rayas grises horizontales, como en aquellas antiguas televisiones con mala señal.

—¿Qué es eso?

—La señal se pierde, pero el aparato funciona bien, debe ser normal, después de todo está muriendo.

El señor Simmons caminó por una especie de habitación clara y resplandeciente. Vacía. Las rayas grises persistían. Apareció entonces un túnel, con una luz al final de él. Nuestro sujeto entró y caminó hasta hacerse muy pequeño y perderse en la luminosidad. La pantalla se apagó. Los signos vitales mostraban una larga línea horizontal. Hora de la muerte 2:16 pm.

—Entonces, eso es, ¿así es morir?

—Parece que sí.

—Nos darán el nobel por esto, amigo mío. ¿Quedó grabado, Cierto?

—Así es.

—Bien, necesito que lo repliques, dos o tres veces más. Presentaremos los resultados el próximo trimestre a la comunidad científica. El mundo se va a volver loco.

Éramos nosotros quien nos volvíamos locos. Cada uno de los sujetos de prueba experimentaba algo distinto al morir. El sujeto número dos, la señora Swank, nos había dejado patidifusos. Primero, recuerdos en una cascada, su esposo, su hija, ella misma de joven. Luego, un ángel, de facciones andróginas y enormes alas blancas, bajaba del cielo, la tomaba de la mano y juntos volaban hacia las nubes, a lo lejos, se veía a un anciano barbado, sentado en un trono de oro. Las rayas grises otra vez. Un gran portón dorado se abría. Hora de la muerte 1:19 am.

Los siguientes tres sujetos también mostraron resultados variados. Un hombre en la palma de Buda. Abducción alienígena. Familiares muertos acompañando a cruzar un océano.

El sexto sujeto de prueba era un criminal sentenciado a muerte. La pantalla mostraba a un niño en el suelo y un charco de sangre; un varón negro y musculoso, desnudo; agua de inodoro. Fuego. Piel quemada. Un demonio. Después mil. Almas en pena. Rayas grises. Hora de la muerte 3:33 am.

Debía haber algo mal. Como era posible que todos mostraran distintos resultados. ¿Es que acaso lo que había del otro lado del velo era incognoscible?, ¿aún con los avances científicos? Lo estuve meditando en mi silla, pensando, con una lata de redbull, mi cuaderno de notas y mi pluma mordida como únicos compañeros. Fue cuando descubrí que había algo que todos compartían. Y si esas rayas no eran un fallo de la señal. Entonces puse el vídeo en cámara lenta y descubrí un par de siluetas. Ralentiqué el vídeo a 0.4 cuadros por segundo. Ahí estaban. Eran dos. Dos figuras de capucha gris que se movían alrededor del sujeto. Revisé las demás cintas. En todas ocurría lo mismo. Se podía ver cómo abrían su boca y aspiraban una especie de humo que salía del cuerpo del señor Simmons. Uno de ellos giro la cabeza. Me vio. Se acercó a la pantalla y la atravesó.

Hora de la muerte 5:55 am.



Antesala



Damaris Orissa Olivares

Descubrir la muerte,
el límite, el abismo,
lo ausente, lo no visto;
lo que nace ligado y absorto
a las necesidades del cuerpo:
el hambre, la sed, el sueño,
los inicios del pensar,
el canto único del lenguaje,
los cimientos de la cultura del ser.
la percepción del límite.
Sabernos solos ante la inmensidad
el universo, el abismo que se abre,
ese tránsito siempre iracundo,
ese que revela nuestro rostro:
nuestros traumas y miedos,
el misterio que nos constituye y rodea,
[nuestras apetencias, las pequeñeces,
la soledad...

El juego

Diego García



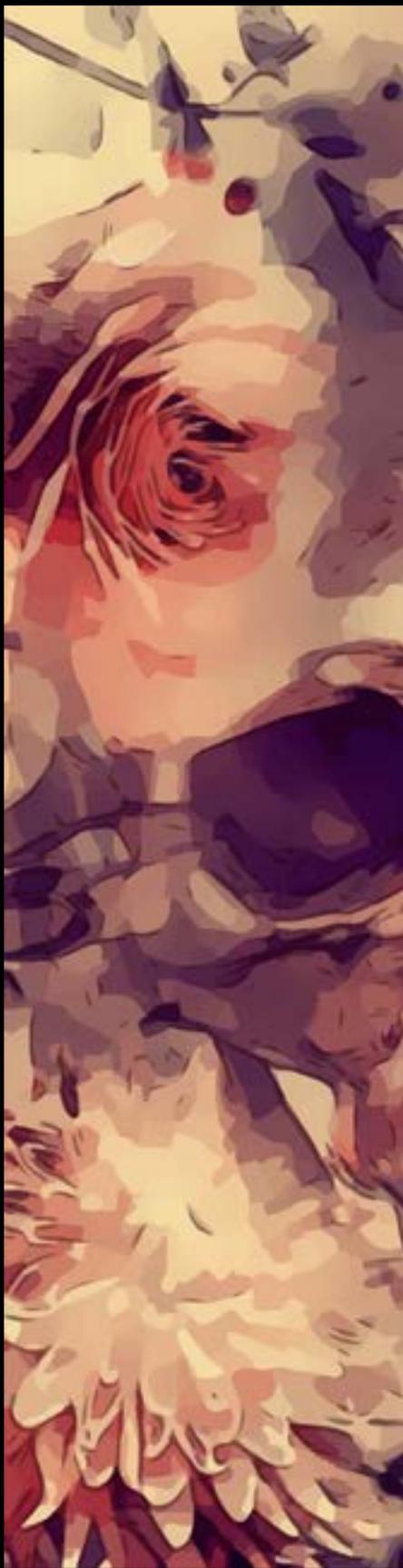
La estela de la noche en mi habitación
ni un alma en la mansión
la luz bailando a mi respiración.

Los escalofríos recorren mi cuerpo
esto ya no es un juego
y no quiero arder en el fuego.

Mis dedos clavados en el tablero
ya se usó el abecedario completo
y sigue este enredo.

Algo sale del hueco
y me toma por el cuello
bebe mi apiñanado cuerpo.





Dos sombras en este mundo
una vuelve de nuevo
el viento acaricia mis huesos

Exhalo hielo
sudo miedo
y más siento.

Me veo de lejos en el espejo
no veo mi reflejo
me siento ajeno.

Mi propio cuerpo
olor a muerto
pero no hay ni un cuervo.



Mis lágrimas chocan en el suelo,
apenas iniciamos el juego
quiero que sea luego.

Soy una botella sin licor,
perdida en estribor
esperando embarcar en rio
y llenar mi lio.

Soy un terremoto que no llegara al cielo
parpadeo y sigo con miedo
lo siento a mi viejo
mi viejo vino.



Lápida

Charlie Andres Morera Yate

Es el picor en todo el cuerpo,
Que ahora en reposo asombra,
Son las uñas y el cabello,
Con el hormigueo que por dentro carcoma.

Sin epitafio de valientes,
Hago parte de las sombras,
Chillan las cadenas, pasan los jinetes,
El cielo cruje sobre mi cuerpo en sobras.

Lamento y rechinar de dientes,
Está el valle de lágrimas en penitencia,
Tus labios secos ya no me sienten,
Ya no me importan tanto las pertenencias.

Danza calavera incomprendida,
Que a luz de vela rezaste algún día,
Vuela y atrapa a inocencia perdida,
Besa cálidamente la lápida fría.



Que muchos han de bailar en la sombra,
Muchos, sobre tierra húmeda y gusano,
A la canción inacabada le baña la zozobra,
Rayos a intervalos, querer malsano.

Despréndete de esos huesos,
Sonriente grita el cuervo,
Que tus ojos son nuestros,
Nadie viene, te dejaron para luego.

Serás un simple siervo,
Bañado en azufre,
Te recuerdan terco,
La tumba escupen.

Malevo de camino empedrado,
Solo son gritos de ardor enfadado,
Llevas de recuerdo, el dolor, lo festejado,
Ya no hay machete que para ti esté afilado.



Soy vozlúgubre de nube negra,
Pluma de augurio que acecha,
El nacimiento y la última fecha,
El mal paso, la huella, la brecha.

Todo cuanto quise,
Pase sobre la vergüenza,
Contando minutos que se deslicen,
Ahora estoy envuelto en la opacidad inmensa.

La basta e inconsumible soledad,
El vaho que ya no está,
El señalamiento y la culpabilidad,
Todo lo que ya no está.

Estoy arañando la eternidad,
Dando mordiscos al recuerdo,
Ahora me acaban de enterrar,
Este mundo ya no es nuestro.



Ialdabaoth



Ricardo Guzmán García,

Rendidos entre siglos criminales

aprendimos el error

de extintos necios:

necromancia en santuarios comunales

o los lazos místicos entre

hombre y máquina;

sal para las llagas del leproso.

Y por algún mandato

la gracia y el destino

fallaron a la par y no hay más triunfo.

Y te buscamos, Señor. Seguimos tu canto,

el espacio entre las notas

sequi -signo

de lo que no ha muerto ni ha vivido.



Y yo, cargando el mosto

«Largo tiempo, Ialdabaoth, tu imperio he recorrido»

No niego. Es Sabia tu negrura;

Los motores ya están rajando el cielo.

Y me apuro en los símbolos fetales de la hoja

cediendo la blancura,

pariendo para ti:

«Qué oscuro es su nombre, señor de la grieta, qué oscuro es su
nombre»

Y no será ámbar la mañana pero

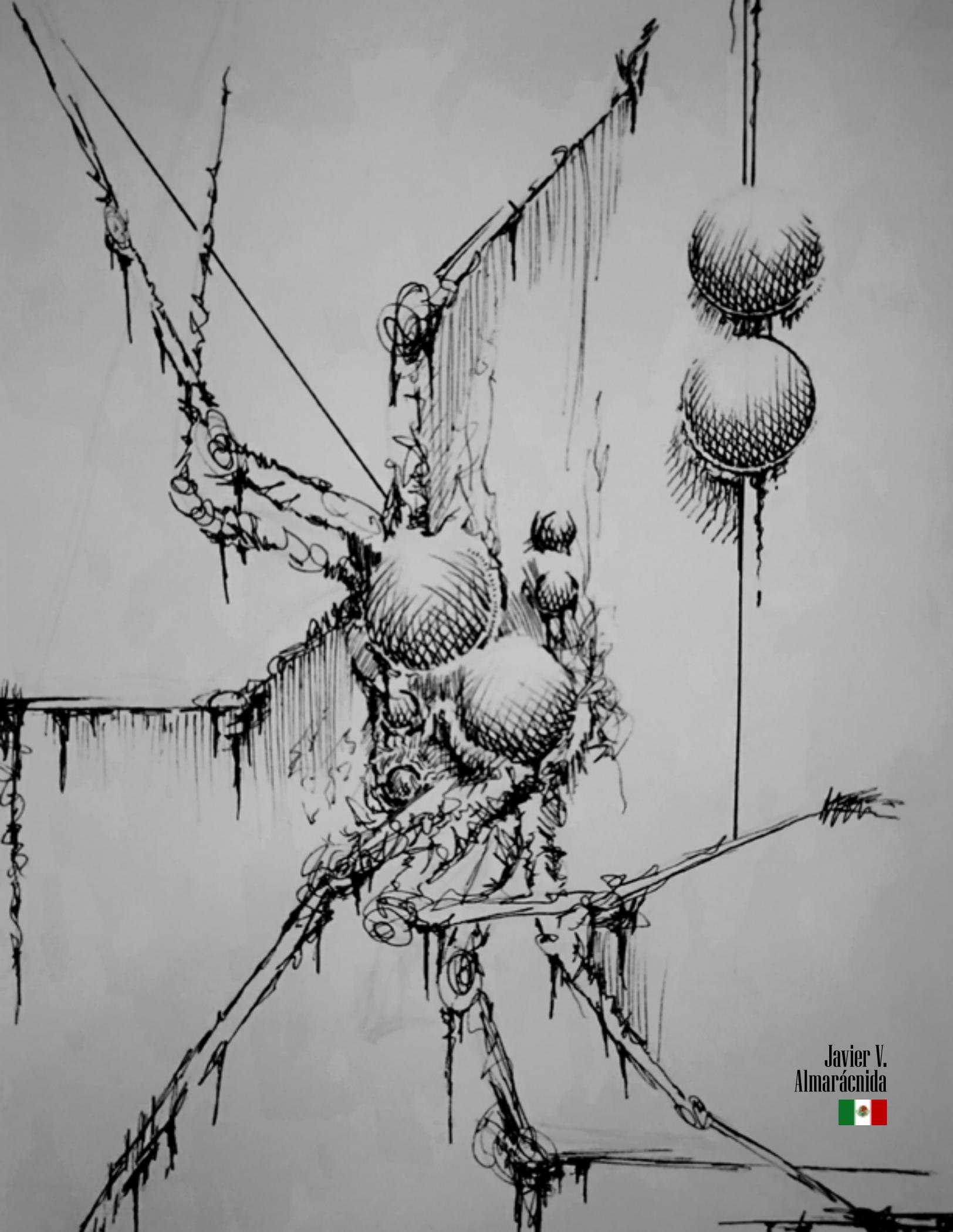
el vino «promete su derrame»

Y en las aves tu llegada,

que en vuelos simétricos descifro]

«Largo tiempo, Ialdabaoth» [qué oscuro es su nombre

Señor.



Javier V.
Almarácida



Ricardo Gainsbourg

Fotógrafo





Javier V.
Almarácida



Como en las películas



Claudio Mamud

El hombre se asustó cuando su nuevo vecino lo recibió vestido de payaso. Durante la cena le contó que a él los payasos le daban miedo porque siempre en las películas de terror asesinaban a las personas con un cuchillo. El otro se rió:

—¡Ja, ja, con un cuchillo! —Y, aprovechando que el invitado se puso a mirar los cuadros, fue a buscar un hacha.

La Entonación de la Muerte



Rogelio Juarez Mendoza

Es aquel canto que a mis oídos llega desde la profundidad de los cerros, es un canto hermoso traído por el viento desde la profundidad de la noche.

Choca contra mi puerta pidiéndome entrar pero en vez de abrir me tapo de pies a cabeza.

El viento ruge estrepitosamente chocando nuevamente contra mi puerta golpeando cada vez con más fuerza.

Después, no solo sobre la puerta, las ventanas también sienten su furia.

Luego, a medida que aquel canto llega a mis oídos, cada vez con más fuerza; los aullidos de los perros le acompañan.

Ahora, la calle está llena de ruidos pero el canto sobresale de todos ellos.

Al parecer la luna ha sido cubierta, la luz no se filtra más por mis ventanas y las sombras cubren mi casa.

Después de unas horas, poco a poco, un humo grisáceo comienza a entrar por la parte baja de mi puerta.

El humo es demasiado y rápidamente comienza a moldear una figura humana que termina mostrando a una hermosa mujer.

Esa mujer entona la bella melodía que llegaba desde lejos.

De momento guarda silencio, sus ojos negros y fríos miran fijamente a los míos.

Me tiende su mano y yo, tembloroso e indeciso, la tomo mientras me pongo de pie.

Cuando estoy al lado de la mujer me vuelvo hacia la cama, ahí se encuentra mi cuerpo tendido y sin movimiento; toda mi familia llora alrededor de aquel contenedor al que pertenecí.

Sin decirme palabra alguna, la mujer camina directamente hacia la puerta y yo la sigo sin cuestionar.

Abre la puerta y frente a mí aparece un mundo diferente, el cielo es de un color morado y está lleno de nubes oscuras y, frente a mí, hay un risco por el cual se puede ver un mar de aguas negras y tranquilas.

Yo sé lo que debo hacer, me arrojo al abismo y al chocar con el agua siento un profundo descanso sobre mi cuerpo.

Después simplemente me dejo llevar por las mareas subacuáticas, mi mente se borra completamente y...

De una forma lenta y agradable me hundo en un profundo sueño.

De una carta encontrada bajo la firma de: TJK

Mi reflejo en el espejo



Mary F Delgado

Ahí estaba yo, viendo mi reflejo en el espejo; “Hazlo ahora”, escuchaba una y otra vez. Aquella voz no paraba de sonar, “Hazlo”, temblaba al oírla; suplícaba que se callara, que guardara silencio, no deseaba escucharla más.

Me veía reflejada en el espejo, pero realmente no era yo quien estaba allí; “Deja ya de pensarlo tanto y hazlo”, tenía miedo de seguir escuchando aquella voz.

Recluso



Javier Alan Cárdenas Murguía

“Tienes la navaja en la mano, hazlo de una vez”
—¡BASTA! —Suplicaba a la voz que guardara silencio. Mientras más le pedía callar, más fuerte me hablaba al oído.

Me encontraba en el baño de mi casa, sola, no había nadie en aquella habitación ni en todo el lugar; pero, el ruido..., el ruido que esa voz hacía, me atormentaba tanto que sentía que no podía oírme a mí misma.

“Solo hazlo. Pronto todo terminara”

Mi reflejo en el espejo se veía tembloroso, dudoso; mucho más asustado que yo. Había entrado en desesperación por no entender lo que pasaba, me alejé del lavabo y llevé mis manos a la cara.

“No lo harás otra vez. Sabía que no contabas con las agallas para hacerlo”

—¡SUFICIENTE!

El ruido se intensificó tanto, que cubrí mis oídos para apaciguar el ruido. De pronto, solo hubo silencio en el lugar; abrí despacio mis ojos para ver que... en mi baño no había ningún espejo.

Mis manos estaban pálidas y heladas. Miré alrededor y vi mi reflejo tirado en el suelo. La sangre corría rápidamente por el piso; no había ninguna voz hablándome a mí, era yo quien le hablaba a él.

Entonces entendí, mi reflejo era el chico que vivía donde yo viví, que había muerto donde yo morí, que hizo lo que yo hice, con la única diferencia, de que había sido yo, quien lo había matado a él.

Ahí estaba yo, viendo mi reflejo en el espejo; espejo que no existía.

Cada noche, al dormir, me encuentro rodeado por una acechante oscuridad que me mantiene preso en una habitación. Puedo sentir, gracias al sutil tacto, la presencia de diferentes objetos conmigo; figuras familiares, pero a su vez desconocidas. Sin embargo, poca o ninguna atención les he dado, con mis sentidos atentos a una presencia fantasmal.

Como única compañía, cautivo, se encuentra quien parece ser un hombre cubierto en su totalidad por una mortaja de un blanco luminoso, casi etéreo, contrastando como un santo en el abismo de tinieblas que nos rodea.

Muchas han sido las noches en las que mi enorme curiosidad me incita a develar el misterio, para conocer así el rostro de mi compañero, de quien solo puedo distinguir el relieve de sus facciones, pero, un instinto natural que procede de cada confín de mi alma me prohíbe hacerlo; Un temor ancestral que se apodera de mi cuerpo al más mínimo intento por acercarme al difunto. Fallando así en cada intento.

Noche tras noche es igual para mí, y por más que intento no dormir, solo logro postergar un poco lo inevitable. Pronto desistí y acepté mi destino. Así me fue más fácil soportar lo que parecía un castigo. Sin embargo, en mi calvario, encontré cierto afecto por mi compañero, a quien pronto apodé Recluso, con cariño.

Recluso se volvió no solo mi compañero, sino un buen amigo. Una noche me atreví, por fin, a contarle mis más sórdidas penas, sin temor alguno a ser juzgado. Confesando uno a uno mis pecados, sintiéndome a salvo de cualquier represalia, humana o divina. Pero aquello, aquello fue mi más grande error.

¡Tan iluso fui!

Como cualquier otra noche, y entre espectrales charlas, comencé a notar, con profundo horror y sorpresa, que desde la misma oscuridad cientos de huesudas manos comenzaron a alzarse contra Recluso, con siniestras intenciones. Rasgando con enorme facilidad el velo que a mi difunto compañero

resguardaba. En un arrebato de valentía, confronté con audacia al abismo, en pos de defender a mi silencioso compañero, a quien ahora estimaba con un amor fraternal, intentando escudar con mi cuerpo la integridad de Recluso, con mi muerte en mente. Sin embargo, estando tan cerca, y con el velo tan rasgado y hecho jirones por todos lados, por fin logré vislumbrar aquello que antes había anhelado y temido a la vez. Mi curiosidad, cómo Ícaro, fue mi perdición.

Con horror vi, entre la fantasmal mortaja rasgada, un rostro familiar, tan pálido como el velo mismo. Sus pútridas facciones revolviéron mi estómago; aquellos ojos, con unas cuencas vacías tan negras como el abismo que nos rodeaba, se encontraban repletas de una maldad repugnante que atravesaba mi alma como dagas, sintiendo el juicio de su mirada. El pánico no tardó en apoderarse de mí, pronto me vi gritando en la oscuridad de mi habitación, con el cuerpo repleto de sudor, implorando por la llegada de un luminoso amanecer, el cual nunca llegó.

No importa cuánto intenté escapar de mis pecados, tarde o temprano debían de alcanzarme, de atraparme. Y para mi desgracia, fui tan iluso como para confesarlos.

Jamás podré olvidar aquellos profanos rasgos, después de todo, ¿Cómo olvidar tu propio rostro?

GRILLOS



A. González E.

El canto de los grillos apenas le permitía dormir. Solía gustarle ese arrullo sencillo que le invitaba a la reflexión. Ahora, en cambio, era una tortura que perforaba su cerebro y pretendía desbordarse por sus ojos.

Recurrió a distintos métodos para dejar de escucharlo: desde fármacos estimulantes del sueño; pasando por medicina no tradicional (incluidas hier-

bas bebibles y fumables), hasta la fumigación total de casa y patio pero nada resultó.

Pensó que cambiando de lugar podría descansar, pidió asilo en distintos lugares, durmió incluso bajo el transitado puente de una carretera, pero los grillos rugían más alto que los vehículos y parecían estar donde él fuera.

Cada vez le asustaban más el cansancio y la palidez cadavérica de su rostro. Adelgazaba rápidamente y nada de lo que comía parecía reponer sus fuerzas. “Me falta sueño”, pensaba, “eso es todo, solo debo dormir”.

Sus ideas, tan desnutridas como su cuerpo, parecían sombras invitándole a la nada. El sueño era su obsesión, y los grillos su calvario.

Agotadas las opciones, pensó en mutilarse como última medida. Al borde de la locura, creyó que esta era la única solución.

Dispuso lo necesario: vendas, algodón, alcohol, martillo y un largo y agudo punzón con el cual pretendía perforarse los oídos.

Tomó el punzón, lo dispuso en su oído derecho, respiró profundo y lo golpeó con el martillo. El dolor fue instantáneo, incluso estuvo a punto de provocarle un desmayo, sin embargo, y aunque sangrante, sobrevivió a tan brutal tratamiento. En seguida, y sin querer arrepentirse, repitió la operación con el oído izquierdo: Golpe, dolor, sombra y silencio.

Cuando despertó dirigió su atención al canto de los grillos, ¡Aún podía escucharlos!

Trastornado, corrió al cajón donde guardaba un revólver que era herencia de su abuelo. Lo cargó y apuntando contra su sien derecha apretó el gatillo. No escuchó el disparo, lo último que oyó fue el canto de los grillos.

Su cuerpo cayó laxo y quedó tendido en el piso. Pasado unos momentos, desde su cerebro ya muerto y por el agujero que la bala había ocasionado, comenzaron a salir decenas de pequeños y oscuros grillos.

S

